



Xóchitl Gálvez promete pacificar al país, pero no ha dicho su plan para cambiar la fallida política de seguridad.

La promesa de Xóchitl

Le acababan de decir a Xóchitl Gálvez que ella iba a ser la candidata única de la oposición para las elecciones presidenciales en México. Y hay reportes de que lloró. La senadora priista Beatriz Paredes se había retirado de la contienda al ver que no le alcanzaban los números de las encuestas. Era miércoles por la tarde y había que hablar. No se podía desperdiciar ese momento cuando todo el país oía.

Ya había anochecido cuando cerca de 10 mil personas abarrotaban la Expo Santa Fe. Entre empujones y gritos –¡Presidenta! ¡Presidenta!–, y un mar de celulares grabando el momento, Xóchitl llegó al podio y ahí, emocionada, soltó una promesa que la va a marcar a ella y al país hasta el día de las votaciones el 2 de junio del 2024.

“Yo les vengo a ofrecer la victoria”, dijo aún impactada por el recibimiento. “Y le vamos a dar la paz a México, sin odios, sin pleitos”.

Es, sobra decirlo, una promesa gigante.

Xóchitl primero ofrece ganarle a un Presidente sumamente popular –6 de cada 10 mexicanos apoyan su gobierno– y a cualquiera de sus “corcholatas” que resulte como candidato oficial. Y digo que hay que ganarle a Andrés Manuel López Obrador porque, legal o no, el mandatario se ha metido a fondo en las críticas a Xóchitl y en la promoción de su sucesor (a).

Pero quisiera concentrarme en la parte de la promesa de Xóchitl en la que dice que “le vamos a dar la paz a México”. Ese es el punto central. “¿Cuál es el principal problema que hay en el país hoy en día?”, preguntó en agosto *Reforma*. El 67 por ciento de los encuestados dijo que la “inseguridad”. Mucho más que todos los que estaban preocupados por la corrupción, economía, desempleo, pobreza y salud.

Esto no debe sorprender a nadie, aunque el Presidente siga insistien-

do en que “vamos bien”. No puede ir bien un país con más de 150 mil asesinatos y que pudiera tener decenas de miles más antes de entregar el poder. No puede ir bien un país que a finales del 2022 ya tenía 109 mil 171 personas desaparecidas. Por supuesto, no todas esas desapariciones ocurrieron en el gobierno de AMLO.

Ese es el México que no queremos. Y Xóchitl lo ha entendido bien. Lo que no sabemos los mexicanos es cuál es su plan para reemplazar la fallida política de seguridad de “abrazos, no balazos”. El expresidente Felipe Calderón no pudo. Enrique Peña Nieto tampoco. Y AMLO ha sido un fracaso completo, aunque lo trate de vender como una fantasía.

Hace varias semanas, antes de la efervescencia de estos días de anuncios y promesas, tuve una entrevista vía satélite con Xóchitl. Todavía no anunciaba sus aspiraciones presidenciales y tenía la ventaja de hablar abiertamente, sin compromisos partidistas ni arreglos en lo oscuro.

“¿Qué va a hacer usted para enfrentar la violencia en México?”, le pregunté. “Realmente yo hoy no tengo una propuesta de seguridad pública clara”, me respondió con absoluta sinceridad.

“Te puedo hablar de las ideas que tengo como senadora, de lo que hay que hacer en el país. Quitar la impunidad. Darles recursos públicos a las policías estatales, que hoy no los tienen. Lo que yo haría sería sentar a los mejores expertos del mundo y de México para establecer una estrategia. No se puede hablar a la ligera. Hay demasiados fracasos de expresidentes que no han podido encontrar la solución”.

Es preferible decir que no sé y buscar ayudar con expertos a implementar, como AMLO, un sistema que nos deja más de 80 muertos al día.

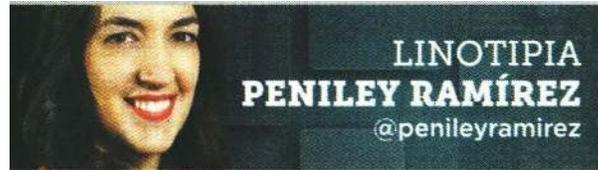
Pero esta respuesta de Xóchitl no va a aguantar mucho más. Los mexicanos

ya no tienen la paciencia para esperar otro año más antes de saber cuáles son sus planes para reducir la criminalidad y los desaparecidos. El principal reto de la próxima Presidenta –y todo apunta a que México tendrá a una mujer en la Presidencia en el 2024– será evitar que maten a tantos mexicanos.

La última parte de la promesa de Xóchitl –“sin odios, sin pleitos”– es fundamental. AMLO, como Trump en Estados Unidos, ha dividido familias, amigos y al país entero. Y eso es totalmente innecesario. Entiendo que las visiones de país entre los partidos políticos sean distintas, pero creo que todos podemos estar de acuerdo en una política de seguridad que funcione.

Menos muertos, menos miedo, más unión, más alegría. Eso es lo que todos queremos, Xóchitl.





De la monotonía de una sucesión anunciada, el proceso electoral pasará a una contienda de dos mujeres con poder que antes fueron aliadas.

Tiempo de mujeres

Hace tres meses, las elecciones que ocurrirán en México en el verano próximo dieron un giro en femenino. En esos días, Claudia Sheinbaum renunció a su puesto como jefa de Gobierno de la Ciudad de México. Lo hizo presionada por Marcelo Ebrard y Andrés Manuel López Obrador. Otra mujer, sin saberlo, le allanaba el camino en Morena.

El 12 de junio, Xóchitl Gálvez tocaba las puertas de Palacio Nacional. Quería, y no lo logró, entrar a la mañana. Sonreía como una niña en plena travesura. La prensa se encantó con la escena. Ese día, Alessandra Rojo de la Vega inició una petición en Change pidiendo que Gálvez aspirara a la Presidencia. En una entrevista, Gálvez contó que algunos empresarios se lo pidieron y se negó. Dijo que aspiraba a dirigir la capital.

Casi tres meses después, Gálvez estaba en Televisa, ronca, con una sonrisa más grande, como candidata de la oposición. Su conocimiento de los problemas del país, dijo sin empacho, viene de un recorrido por 28 estados en dos meses. Se enteró de que la inseguridad, la inflación, los problemas en el campo preocupan a la gente. Ni a ella ni al Frente parece importarles esta candidatura al vapor. Dentro del Frente, me dijeron políticos y asesores, Gálvez ha sido una inyección de energía y un desafío a las estructuras de poder patriarcales.

Cuando comenzó el proceso interno, me dijeron fuentes del PRI y del PAN, los favoritos de las cúpulas eran Enrique de la Madrid y Santiago Creel, dos hombres blancos, vestidos con trajes impecables. Las finalistas fueron dos mujeres vestidas con huipil.

A mediados de esta semana, Beatriz Paredes, una de las mujeres más importantes del PRI, admitió en una reunión que las encuestas favorecían a Gálvez. El dirigente del PRI, Alejandro Moreno, se adelantó a decir que

el partido apoyaría a Gálvez. Gálvez lo ignoró. Dijo que irían a consulta si Paredes lo quería, que las mujeres hacen política con respeto. Esperó a que Paredes anunciara su apoyo antes de cancelar la consulta.

Ahora, con Gálvez candidata, falta que se defina la próxima semana para quién será la candidatura oficialista. Hace unos meses, un miembro prominentemente de Morena me dijo que “en el norte y en el sur de México, la gente no va a votar por una mujer candidata”.

Una mujer en el Frente, hoy, puede cambiar la ecuación oficialista. Las encuestas indican que hoy Morena ganaría tanto con Sheinbaum como con Ebrard, pero la candidatura de Gálvez –quien ha recortado la distancia con Morena– impulsa el eslogan de Sheinbaum de que “es tiempo de mujeres”.

Esta semana, Morena realiza su encuesta interna en medio de críticas partidistas. “En este proceso veo a Sheinbaum como una mujer sin voz y sin fuerza, una niña escondida tras el saco de su padre. A diferencia de Xóchitl, una mujer con luz y fuerza propia, una mujer de causas que se ha hecho sola, luchona. Independiente y sin padrinos”, me dijo Lía Limón, una de las más cercanas promotoras de Gálvez.

A pesar de las críticas, Gálvez ha dicho que prefiere enfrentar a Sheinbaum. Si ambas son candidatas, el proceso electoral habrá pasado de la monotonía de una sucesión anunciada a una contienda de dos mujeres con poder, que antes fueron aliadas.

Sheinbaum y Gálvez fueron delegadas de Tlalpan y Miguel Hidalgo, respectivamente y al mismo tiempo. En 2017, se unieron para presentar una controversia constitucional y pelear mejor presupuesto para sus delegaciones. En aquellos días, la prensa las retrató comiendo en un restaurante.

Cuando aún Sheinbaum aspiraba

a gobernar la Ciudad de México, Gálvez se grabó en un video diciendo que Sheinbaum sería “la mejor candidata de Morena”. Poco después, han dicho ambas, Sheinbaum fue intermediaria cuando un hijo del Presidente le ofreció a Gálvez, sin éxito, que colaborara con la campaña obradorista a la Presidencia.

En agosto de 2019, ya como jefa de Gobierno, Sheinbaum posteó una foto de una visita de Gálvez a su oficina. Ambas sonríen en ella. Dijeron que habían hablado de “movilidad y tecnología” en la capital. En mayo de 2021, Sheinbaum enfrentó el escándalo por la tragedia del accidente en el Metro. Gálvez fue crítica con la jefa de Gobierno.

El 6 de septiembre debemos conocer quién tiene la candidatura de Morena. Entonces confirmaremos si la crónica del próximo año será la de un tiempo de mujeres.



POLÍTICA IRREMEDIABLE

ROMÁN
REVUELTAS
RETES

revueltas@mac.com

Xóchitl: breve historia
de un triunfo clamoroso

De lo que se trató, en un primer momento, es de que la oposición se uniera para formar un frente común que pudiera plantarle cara al oficialismo. Se escucharon ahí muchas voces para vaticinar que eso no ocurriría, que el maridaje agua-aceite entre el PRI y el PAN sería imposible por la cortedad de miras de sus dirigencias y la ineluctable preeminencia de sus mezquinos intereses partidistas, por no hablar de lo insignificante que era el tercer convidado a la mesa, el PRD. Pues, esos partidos se han coaligado sin mayores problemas y forman un Frente Amplio ejemplarmente sólido.

No estábamos todavía en campaña, igual que en estos momentos. No sé si se hayan ustedes enterado de que las aplastantes y restrictivas disposiciones de la máxima autoridad electoral—promovidas ferozmente, miren ustedes, por quienes nos gobiernan actualmente—prohíben realizar ahora actividades para engatusar a los ciudadanos y obtener su voto en la trascendente cita de junio de 2024.

Pero, qué caray, ya se habían aparecido en el horizonte las figuras de unos candidatos hechos y derechos para lidiar con todas las de la ley—es un decir, desde luego—en la contienda: una tal Claudia Sheinbaum, un tal Marcelo Ebrard y, por ahí, cierto personaje de nombre Ricardo Monreal. Los tres, por lo pronto, como supremos representantes del partido oficial y buscando, cada uno de ellos, ser sacralizados por el primer elector de la nación.

Mientras tanto, en las filas de la antedicha oposición... pues, nada. Nadie. Ningún caballo de batalla (“la caballada está muy flaca”, hubiera sentenciado, de manera muy atinada, uno de los clásicos de nuestra clase política).

Consecuentemente, los pronósticos de que la fatalidad de la 4T se iba a eternizar por los siglos de los siglos poblaban todo el paisaje de lo público y los comentaristas se solazaban en pintar las más desesperanzadoras perspectivas. El régimen que ha dejado a los mexicanos

sin salud, sin medicinas y sin seguridad podía sentirse bien afianzado en el poder. Las elecciones del próximo año serían un mero trámite.

Ocurrió, sin embargo, que una mujer irrumpió de la forma más inesperada en la pista. Pretendía competir en la carrera para conquistar la capital de este país—un logro nada menor, de consumarse—pero una circunstancia, la de que le cerraran las puertas de un Palacio Nacional desde cuya tribuna había sido difamada, la llevó a querer abrirlas por su cuenta o, más bien, a que millones de ciudadanos le dieran la llave con sus votos.

Y, como la carrera ya había comenzado en la casa de enfrente, la oposición se sumó al tablado para representar su propia obra: se dispuso también una competencia de aspirantes y esa mujer, Xóchitl Gálvez, fue cosechando cada vez más puntos porcentuales de simpatías ciudadanas. El proceso para bendecirla formalmente como “representante” del tal Frente Amplio hubiera debido culminar mañana domingo. Pero, había que afianzar desde ya las cosas, vistos los riesgos de intromisiones e injerencias. Y así, terminó siendo la gran ganadora.

La historia ha cambiado en un parpadear de ojos. ■

“El proceso para bendecirla como representante del Frente Amplio debió culminar el domingo”

